

LAS FIESTAS CIVICAS

DEL

5 Y 16 DE SEPTIEMBRE

EN

MONTERREY.

IMPRESORIA DEL GOBIERNO, EN SALAMANCA  
A cargo de Miguel Flores

1888.

B3565  
M6  
5  
888

LB3565

.M6

F5

1888

LAS FIESTAS CIVICAS

DEL

5 Y 16 DE SEPTIEMBRE

EN

MONTERREY.

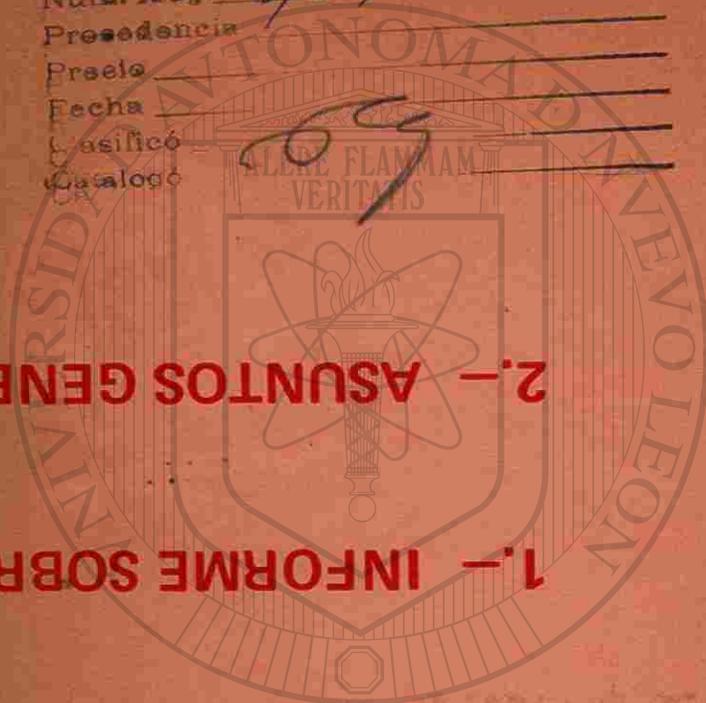
TIPOGRAFIA DEL GOBIERNO, EN PALACIO,  
á cargo de Viviano Flores.

1888.



1020109956

Núm. Clas 394.204  
 Núm. Autor F468  
 Núm. Aeg. 43432  
 Precedencia \_\_\_\_\_  
 Praelo \_\_\_\_\_  
 Fecha \_\_\_\_\_  
 Clasificac \_\_\_\_\_  
 Catalogo \_\_\_\_\_



2.- ASUNTOS GENERALES  
 1.- INFORME SOBRE EL

CON EL SIGUIENTE ORDEN DEL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MAGNA.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TUARA EL MIERCOLES 8 DE JUNIO

CITA A LOS DELEGADOS, A LA

97/2.13

LAS FIESTAS CIVICAS

DEL

15 Y 16 DE SEPTIEMBRE

EN

MONTERREY.



FONDO NUEVO LEON



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

TIPOGRAFIA DEL GOBIERNO, EN PALACIO,  
á cargo de Viviano Flores.

1888.

43432

49867

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vols. 1425 MONTERREY, MEXICO

1200A.



LB3565  
MG

BIBLIOTECA

N  
863



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
DIRECCIÓN GENERAL DE B

La animación y esplendor inicitados que tuvieron las fiestas de la Patria en el presente año, nos impulsan á dar al público una descripción de ellas por medio de este folleto, á fin de que todo el Estado conozca la manera entusiasta con que se honró por el pueblo de Monterrey la grata memoria de los gloriosos días del 15 y 16 de Septiembre.

Un numeroso concurso de todos los pueblos comarcanos vino á presenciar las justas demostraciones que Monterrey preparó para solemnizar dignamente los días de la Patria. De algunos años á esta parte no veíamos la muchedumbre que llenaba todas las calles y paseos donde tenía lugar algún acto del ceremonial.

Como lo habían anunciado los programas repartidos con anticipación, la tarde del 15 del corriente se verificó la fiesta preparada para solemnizar la apertura de la 2ª Exposición industrial de Monterrey.

A las cuatro de la tarde, un numeroso concurso de todas las clases sociales invadía el frente de Palacio Municipal donde estaba reunida la comitiva, compuesta del Gran Círculo de Obreros y de las demas asociaciones invitadas, para dirigirse al Palacio del Gobierno, con el objeto de acompañar al C. Gobernador que debía inaugurar el certámen industrial.

Pocos momentos despues esa comitiva desfiló por las calles de Zaragoza, Teatro, Allende, Quince de Mayo y Puente Nuevo hasta el edificio de la Sociedad de Obreros en cuyo frente se preparó un salón donde debía tener lugar la fiesta. Era verdadera-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada 1625 MONTERREY, MON

43432

mente agradable el espectáculo que presentaban las calles recorridas y la Plaza del Cinco de Mayo. Parecía que todo Monterrey se había dado cita en aquellos lugares.

Instalados en sus asientos el Sr. Gobernador y demás funcionarios que le acompañaban, ocupó la tribuna el Sr. Dr. José Martínez Ancira, miembro de la Junta Directiva de la Exposición, dando lectura á un bien escrito discurso. En seguida, el Sr. Lic. Teodoro Roel, miembro de la comisión del Gobierno en la Junta Directiva antes dicha, leyó el discurso que se le había encomendado, el que fué recibido por la concurrencia con marcadas muestras de agrado.

El Sr. Gobernador, levantándose de su asiento y dirigiéndose al pueblo, dijo:

“Pueblo obrero y laborioso: rica y vigorosa sangre de la Patria. Ahí está el campo de vuestras luchas: preparado se halla el certámen de la industria y del trabajo. En nombre de la Junta Directiva de este Gran Círculo de Obreros, declaro abierta su segunda Exposición Industrial.”

En ese acto las descargas de fusilería, los repiques en todos los templos y los himnos ejecutados por las músicas, anunciaron á Monterrey que se abría la 2.<sup>a</sup> Exposición industrial.

La comitiva hizo la visita de ceremonia dentro del edificio, disolviéndose luego.

La significación de esta fiesta fué verdaderamente grande, pues demuestra de una manera palmaria el civismo y la cultura de nuestro pueblo. Cuando en todas partes se celebren las fiestas de la Patria de la manera que lo hizo Monterrey, México será grande y feliz, como merece serlo por el patriotismo de sus hijos.

Después de esta fiesta del Círculo de Obreros, el pueblo en masa ocupó todas las localidades del Teatro del Progreso, á donde debía verificarse la festividad acostumbrada en honor de la Patria

A las once de la noche presentóse el Sr. Gobernador acompañado de las autoridades civiles y militares, y despues de la lectura del acta de independenciam, empuñó el Pabellón Nacional, y dirigiéndose á aquel selecto concurso, saludó la agusta insignia con las siguientes arrebatadoras frases que el pueblo escuchó de pié y en silencio recogimiento.

“NUEVOLENESES:—Un público deber me trae aquí, á presentaros este hermoso estandarte, y os lo presento lleno de patriótico orgullo.

“Si meditáis lo que esta tricolor Bandera contiene, veréis grabadas dentro del pecho de su águila altanera, en caracteres indelebles, á sangre y fuego, tres palabras encantadoras, que con vehemencia seducen. Patria, poema épico de un glorioso pasado. República, síntesis del presente, resúmen de lo que somos. Constitución, tésis de un porvenir halagüeño, evolución progresiva de los derechos naturales del hombre en asociación política

“Hé aquí su brillante emblema: á su sólido pié se esclarecieron mil ilustres patricios: bajo la influencia de su vivificante flámeo se han inmortalizado millares de mártires de la libertad. Saludemos “ahora” á esos seres inmortales: levátemos víctores á su grata y perpetua memoria.

¡Viva México independiente! ¡Viva la República Constitucional!”

Los armoniosos acordes del Himno Nacional, los entusiastas vivas, los atronadores aplausos, las salvas y los repiques á vuelo en todos los templos, contestaron aquellas palabras brotadas de los labios de un patriota, cuyos hechos están en armonía con ellas.

En seguida, el Sr. Orador Oficial, Lic. Francisco E. Reyes, pronunció el discurso que le encomendara la Junta Patriótica. El Sr. Lic. Hermentegildo Dávila leyó un canto poético y el Sr. Antonio Sada habló en nombre del Círculo de Obreros. Los intermedios fueron cubiertos por la orquesta.

Al venir la aurora del día 16, se izó el Pabellón Nacional en todos los edificios públicos, siendo saludado con salvas, cianas y repiques. Desde esa hora todo fué movimiento y entusiasmo en la ciudad que despertó risueña y engalana

Después de la apertura de sesiones de la Cámara, la comitiva oficial se dirigió al Teatro del Progreso donde leyó el discurso oficial el Sr. Lic. Francisco Valdés Gómez. El Sr. Dr. M. Perez Bibbins declamó unos hermosos versos que fueron justa y colurosamente aplaudidos. El Sr. Lic. Virgilio Garza pronunció el discurso que le encomendara el Círculo de Obreros.

Por la tarde tuvo lugar una procesión cívica precedida de un hermoso carro alegórico y en la noche fué profusamente alumbrada la población, principalmente los edificios públicos y paseos. Estos últimos fueron amenizados por las músicas de la guarnición de ocho á once de la noche.

Así se festejaron los grandes días de la Patria, así recordó el pueblo de Nuevo-León los heroicos esfuerzos de sus antepasados, demostrando, una vez más, que sabe apreciar en su verdadero valor los sacrificios heroicos de los Padres de la Patria.

men  
hac  
que

*DISCURSO leído por su autor la tarde del 15 de Septiembre, en la apertura de la 2ª Exposición Industrial de Monterrey.*

¿CREIS que una fiesta del trabajo es una fiesta del progreso? Pues yo creo algo más. Yo creo que una fiesta del trabajo y del progreso es una fiesta de la libertad.

En estos felices históricos momentos, muy solemnes por cierto, en que se vé á nuestro pueblo obrero, no haciendo alarde de grandes utópicas ideas, sino poniendo en práctica el bello ideal de sus aspiraciones, ¿sabéis cuál es la enseñanza de este hecho sociológico que él nos presenta? Significa, señores, el evangélico triunfo de nuestras libertades; significa que ya es estable, y que será eterna en la conciencia del pueblo, la radicación de los sublimes elevadísimos principios de la democracia mexicana, con que el Gran Juárez supo llevar á feliz éxito la redención política del obrero siervo de su patria.

Nada será más fácil para mí que probar mi aserto, puesto que aquí tenéis delante de vuestros ojos, á vuestra vista, la palpable inequívoca prueba de la existente personalidad política del obrero de hoy.

Es libre en su conciencia, y asociado lo véis con el obrero, cualquiera que sea su Dios y su creencia. Es libre en su derecho, y asociado lo véis con el obrero cualesquiera que sean sus políticos principios ó su color político. Es ciudadano libre, y movido por las justas aspiraciones que le engen-

dra en su corazón el amor á la patria, buscapirarse en el progreso para hacerla grande y ya sea con el rayo de su idea, ya sea con esa aza de su brazo: el escultórico cincel del trabajo.

Y el obrero de antaño, ¿qué hacía? ¿qué practicaba? ¿cómo vivía.....? ¡Ah! qué triste parangón! El obrero de antaño trabajaba más que el obrero de hoy. Pero ni tenía derechos que practicar, ni tenía patria á quien amar y honrar. Envilecido como el trabajo mismo, según las ideas dominantes de la época, no redimido ni por el Cristo, regó la tierra con el sudor y las lágrimas de la servidumbre, y vivió muriendo sujeto al terruño que le servía de cuna y de sepulcro.....! Como el trabajo de hoy es libre y no deshonra; como el obrero de hoy es libre y no es esclavo, no importa que nazca sin cuna y sin hogar: hará en los siglos las grandes cosas puesto que está impulsado por la libertad.

Volvamos á nuestra festividad. Las Exposiciones son en la vida de los pueblos el acontecimiento de más grande, de más elevada significación. Y la actual que nos ocupa tiene un motivo más para merecer tan alto calificativo. Iniciada por el Gran Círculo de Obreros de esta Capital; protegida por el Supremo Magistrado del Estado, presenta al mundo el grandioso espectáculo de un pueblo y su gobierno que, á una, se esfuerzan por hacer perenne en su patria el reinado del trabajo. Ellas hacen del Obrero, un soldado de la paz; del taller, un cuartel del progreso. Ellas forman la grande Escuela de que disponen los pueblos para nacionalizar la Industria, la Ciencia, las Artes y el Comercio. Por medio del concurso que procuran, se ponen en contacto muchos cerebros inteligentes; muchos nervudos y robustos brazos industriales; muchos capitalistas de acción, factores principalísimos del adelanto y del mejoramiento universal. Moralizan á los pueblos redimiendo-

me hac que vid  
del vicio y la miseria, por el culto al trabajo; hacen objeto de los favores de la fortuna; los llaman de los honores de la gloria, y los hacen llegar al emporio de sus grandezas. En suma, haciendo el apoteosis del Progreso, han trasformado la escuadra y el compás, el yunque y el martillo, el nivel y la plomada, de infamantes signos de humillación y servilismo, como antes eran, en sagrados símbolos de redención para la humanidad.

Obreros: Abierto y conocido por vosotros mismos, está el camino que debéis seguir. Una idea feliz en un momento feliz, decide de la fortuna ó la gloria de hombre ó de un pueblo. Pasó vuestro ideal guerrero? Relegad al olvido las infernales destructoras Artes de la Guerra. Es vuestro ideal el trabajo? Seguid el ejemplo de los Apostóles del Progreso: ellos con una idea feliz en un momento feliz, utieron dos tablillas en ángulo recto, y la escuadra fué hecha; engoznaron dos puntas de madera, por su parte más gruesa y salió el compás; suspendieron de un hilo una bola de plomo, y vino el perpendicular; mezclaron ciertos polvos, negros, blancos y amarillos, y se formó la pólvora; hicieron letras móviles en trozos de metal, y nos dieron la imprenta. Estas fueron las armas con que ellos conquistaron vuestros derechos; que sean también las vuestras para sostenerlos. Si con ellas, en pacífica lucha, sostenida en el tiempo, consiguieron tener patria y libertad, haced vuestra su bandera y ¡adelante! y como ellos, pelead por no pelear contra vuestros semejantes, que así haréis eternos sobre el mundo el Progreso y la Libertad.—J. MARTÍNEZ ANOTRA.

*DISCURSO pronunciado por su autor el 15 de Septiembre de 1888, al inaugurarse la segunda Exposición Industrial de Monterrey.*

SEÑORES:—La respetable Junta encargada por el Gran Círculo de Obreros de Monterrey, de la dirección de los trabajos para efectuar con buen éxito su segunda Exposición industrial, ha tenido á bien dispensarme un alto honor confiriéndome la comisión de llevar la voz en esta solemne fiesta, con mi carácter de miembro de dicha Junta, representando al Gobierno del Estado; y he aquí explicado el motivo de mi presencia en este augusto lugar. Dignaos, pues, señores, prestarme por unos instantes vuestra necesaria atención.

Los acontecimientos humanos tienen siempre dos ó más faces, bajo las cuales debe estudiarlos el pensador ó el filósofo para sacar consecuencias acertadas; la faz superficial es la que mira todo el mundo y la que contempla el vulgo con estúpida indiferencia, ya que no con sarcasmo y amarga censura; la faz oculta por tales ó cuales apariencias, es la que examina, estudia y desentraña el observador sensato, para establecer conclusiones en contra ó en pró del adelanto social y de la civilización de los pueblos; conclusiones que más tarde recoge la historia, sirviéndole para hacer, ante los ojos de los pósteros, el proceso de las generaciones pasadas.

De este modo debe estudiarse, en mi concepto, el acontecimiento que hoy nos reúne, acontecimiento que por ser meramente local, aparece como pasajero; pero que en el fondo reviste una sanción solemne que será de plausibles trascendencias sociales.

Las ilustradas personas que me escuchan así lo han comprendido, puesto que se han apresurado á honrar con su asistencia este acto y á dar lustre con su concurso á tan brillante fiesta, que hoy verifica el Gran Círculo de Obreros de esta capital con motivo de la apertura de su segundo certámen industrial por cuya feliz realización tanto se ha interesado el Gobierno de esta entidad federativa.

No pues, para enseñar una cosa ya sabida, sino únicamente en desempeño de mi encargo, voy á permitirme hacer algunas reminiscencias que me sirvan de premisa que corrobore lo importante y lo hermoso de esta solemnidad.

El corazón del hombre propende siempre al amor de sus semejantes, porque está organizado más bien para los sentimientos dulces que para los arrebatos iracundos y porque nada iguala á la satisfacción que experimenta con las intimidades amistosas ó con los afectos fraternales. Esta propensión innata del corazón, fué el origen, y ha seguido siendo en todos tiempos la más firme base de las sociedades humanas.

Formadas por esta principal causa las sociedades primitivas, ellas desde remotos siglos, fueron preparando el terreno para que los pueblos modernos alcanzaran el grado de ilustración y progreso en que los vemos, y del cual dan testimonio evidente las portentosas conquistas de las artes, las letras y las ciencias.

Entre este movimiento general y progresivo de las sociedades, se ha notado en todos tiempos, y quizá con más frecuencia en los presentes, un hecho singular que pudieramos llamar providencial. De la masa general de la sociedad se desprenden de vez en cuando agrupaciones de hombres que parecen querer adelantarse á su siglo; impelidas por sus ideas avanzadas, é inspiradas por sentimientos altísimos y dignos, se lanzan á perseguir, las conquistas que parece haber reservado el porvenir intentan con fé y energía alcanzar los progresos de la inteligencia y del espíritu, y anhelan apresurar el reinado de la perfección social y de la deseada fraternidad.

Uno de esos grupos de hombres, que pueden denominarse los apóstoles del progreso, y los precursores de las reformas benéficas es, sin duda, el Gran Círculo de Obreros de Monterrey, que representa las clases productoras en Nuevo-León, clases que con el trabajo, la industria y el esfuerzo, elevan á grande altura, no sólo al Estado, sino á la Nación y al Gobierno, bajo cuyas leyes crecen y se desarrollan.

La familia obrera es la predestinada por la naturaleza para llevar á cabo los mejoramientos y el constante desarrollo de un país que tiene su nacimiento, su crecimiento y su incesante progreso. Por lo mismo, los esfuerzos

de los órdenes hacia el perfeccionamiento, son como el latido de las arterias para las diferentes clases de industria, que á la vez viene á ser la circulación de la savia en el suelo en que brotan y se desarrollan.

Inspirándose en esas ideas y apreciando el valor de estos principios axiomáticos, la alta Cámara Legislativa del Estado, no vaciló en un momento en acoger con entusiasmo el pensamiento iniciado por este Gran Círculo, y desde luego decretó la concesión de la cantidad solicitada para ayuda de la realización de tan plausible idea. El Ejecutivo, por su parte, dió inmediatamente sus disposiciones para que aquella cantidad fuese religiosa y oportunamente entregada al Gran Círculo, sin omitir por eso, como no omitirá, respecto de ello, medio ninguno de los que estén á su alcance para proteger á esa clase privilegiada, la obrera, dándole impulso y estimulándola á seguir su marcha por el camino del progreso positivo, hasta que logre llegar á la grandiosa cúspide de su perfeccionamiento, seguro de que ella constituye la grandeza futura de la patria.

Mas los obreros á su vez deben, á mi juicio, siempre trabajar sin descanso, porque las esperanzas del Gobierno en aquel sentido no resulten fallidas. Una de las manifestaciones más grandiosas del industrial es el tazon, y otra es la fuerza de voluntad para trabajar y para llevar á término la empresa acometida. El obstáculo jamás debe ser contado ni temido en cuenta por el obrero. Con las dos fuerzas enunciadas, basta para vencer y sobra para llegar al fin. En todas las naciones del mundo los obreros, lejos de atenerse sólo á la protección, á la ayuda y al estímulo, han contado con sus propios esfuerzos; y es por esto que Inglaterra ha llegado al engrandecimiento que tiene, y al cual le debe la libertad más hermosa y el poder más grande, la riqueza más espléndida y la aristocracia más noble de los pueblos, porque es la del trabajo. Y los Estados Unidos del Norte progresan y progresarán sin cesar, porque sus obreros consideran la industria y el trabajo como la vida indispensable de su ser como nación.

La protección del Gobierno la creo justa y necesaria; pero el esfuerzo y la voluntad los considero indispensables de parte de los que siempre serán el orgullo y el sostenimiento de su patria, que labrarán su engrandecimiento

to y riqueza, así como también la altura de dignidad en que se vea colocada en los altares del progreso.

Preciso es trabajar poderosamente por el engrandecimiento de nuestro Estado, para cooperar así al engrandecimiento del pueblo mexicano, que empieza, no cabe duda, á dar pasos dignos de llamar la atención. Y una de esas cooperaciones, la más directa é indispensable, debe venir de parte del obrero.

Preciso es oponerse á la invasión de las industrias extranjeras, contando como cuentan nuestros obreros con los elementos físicos y morales con que los de otras naciones disponen. Imiten los nuestros, no sus artefactos, no sus industrias, sino sus esfuerzos, la fuerza de voluntad; y así progresaremos.

Preciso es ser antes y no después en todas las obras de la industria actual del universo. Así, por los variados objetos presentados en este certámen local, se comprende el talento, la industria y laboriosidad de nuestros obreros; y me permito sostener que bien pueden rivalizar y exhibir con orgullo sus artefactos y sus obras industriales en certámenes de mayor trascendencia y magnitud.

Y si no es posible ser antes, al menos se debe procurar estar al alcance y correr parejas con los obreros de los demás pueblos.

Creo, repito, justa y necesaria la protección del Gobierno; y ojalá en cada Estado donde exista una asociación obrera, su respectiva administración le procure los medios necesarios no sólo para realizar certámenes como el de que me ocupo, sino para importar y exportar las obras de la industria y del arte; que vean y sepan los pueblos extranjeros que es inútil una obra de ellos, porque aquí contamos con ella, no sólo igual sino superior, si es posible, y más barata y más cerca.

Las Exposiciones son un estímulo poderoso para lograr estos fines como ya prácticamente ha sido demostrado. Oponerse, no con la fuerza al desarrollo de industrias extrañas, sino con la propia industria de los hijos del país; rivalizar con todos los obreros de fuera, no con la vanidad ni con el orgullo, ni el falso amor propio, sino con los artefactos, con la industria y el trabajo. He aquí á lo que deban tender los obreros; he aquí lo que se proponen los hombres que entre nosotros han consagrado sus esfuerzos al trabajo, al celebrar su segundo certámen in-

dustrial, y he aquí, por último, por qué en otro lugar afirmé que esta fiesta á pesar de ser meramente local y en la apariencia de poca importancia, revestía en el fondo una sanción solemne de grandes trascendencias sociales.

Esas nobles tendencias, esas halagadoras propensiones sin duda que han sido el móvil eficaz que impulsara á nuestros hermanos obreros á verificar su segunda Exposición industrial, certámen que de seguro influirá mucho en su espíritu progresista para practicar los principios salvadores de toda civilización, que será el contingente más grande para cumplir con su misión, la misión del verdadero obrero. Y así, nuestras clases productoras deben procurar todo esfuerzo, todo aliento, y sin ver obstáculos, sin detenerse ante ellos, luchar, trabajar y engrandecer á México con sus obras y sus industrias.

Esta es la mejor corona que pueda sentir el hombre en el imperio del progreso. Para conquistarla, allí está el taller, allí está el templo donde el humano ser se redime con lo más grande que hay sobre la tierra: ¡EL TRABAJO! y se ofrece en holocausto en las aras que la humanidad ha consagrado al Dios de la paz y del progreso.

No es la mezquita ni la sinagoga que sólo admite en su comunión á los individuos de determinada secta. Bajo su bóveda se abrigan los hombres de todas las nacionalidades.

Allí se aplican los conocimientos del inglés Newton, como los del prosiano Keppler; los del italiano Galvani, como los del mexicano Barreda.

Cada aplicación que se hace de un conocimiento; ora cuando las telas se coloran bajo la influencia de las leyes que los Lavoissier, los Gay Lussac y los Rio de la Loza, arrancaron al arcano insondable de la naturaleza; ora cuando las ruedas crujen al influjo de los Papin, de los Fulton y los Boyle; ora cuando los tipos inertes se levantan interpretando un pensamiento á la voz de *surgel* que Guttemberg les diera, es un himno que se eleva hasta el trono de Dios.

En este templo se pronuncian palabras de fé y esperanza, y su incienso que se eleva surcando el espacio hasta llegar á las regiones siderales del infinito, es el humo de sus potentes máquinas mezclado con el aliento del obrero, que en espirales magestuosas dibuja en el cielo de la patria universal las palabras: ¡TRABAJO, PROGRESO, CIVILIZACION!

Allí se subyugan las pasiones en el yunque de la razón; y al influjo de la ocupación honesta se han engendrado los más sublimes sentimientos: de allí nació la abnegación de un Palissy, que arrojó los muebles de su hogar humilde para alimentar el hogar de su horno de porcelana; de allí nació la grandeza del impresor Franklin, y el patriotismo del carrocero mexicano José M<sup>a</sup> Chávez.

Ese templo no tiene por cimientos la ignorancia y el fanatismo; lo sostienen las columnas de la civilización de la India, del Egipto y de la Grecia; la civilización que Bacon despertó con su método de investigación y después de él los hombres del Renacimiento, y esa pléyade de genios que hasta nuestros días brillan como estrellas de primera magnitud, en el firmamento inconmensurable de la Ciencia. Sus muros son el resultado del trabajo de todas las generaciones, que han unido piedra con piedra, con el sudor de su frente; allí han colaborado desde el hombre que produjo el fuego frotando dos maderos, hasta el que arrebató el rayo al cielo para trasformarlo en palabra.

Esos templos existirán mientras que la luz sea en el mundo, y arroje al buho del fanatismo, de los antros de la ignorancia donde anida. El templo del trabajo será eterno, porque eterna es la potencia intelectual en el Universo.

Este es la torre de Babel que el mito bíblico describe, y cuya cúspide con el trabajo de las generaciones del porvenir, llegará hasta el cielo: allí estaremos en consorcio amoroso todos los ciudadanos de toda la tierra; pero no para confundirnos, sino para que, unidos con el lazo fraternal, elevemos en el lenguaje del trabajo un himno de alabanza á nuestro creador.

Y vosotros, abnegados obreros, os encontrais en ese templo, cuya magnificencia muy á la ligera dejo bosquejada, y os felicito con toda la efusión del alma por el paso gigantesco que habeis dado en el camino que conduce al santuario de vuestra grandeza. ¡Seguid adelante! ¡Qué vuestra voluntad y vuestros esfuerzos sean tan grandes y poderosos, como firmes y cuantiosos los elementos con que contais! Vosotros, apóstoles de ese templo, no deis extinguir el fuego sagrado. Alimentado con el incentivo de vuestra virtud y constancia, y acabaréis al fin por conquistar la inapreciable corona en el imperio del progreso.—TEODORO ROEL.

DISCURSO pronunciado en el Teatro del Progreso por el orador oficial, Lic. Francisco E. Reyes, la noche del 15 de Setiembre de 1888.

CONCIUDADANOS:—El sentimiento uniforme á cuyos irresistibles impulsos palpitan entusiastas en estos momentos de gratos recuerdos todos los corazones mexicanos, el patriotismo, esa virtud excelsa, cuyas dulces emociones no pueden explicarse por medio de la palabra, como no puede explicarse todo lo grande, todo lo bello que afecta íntima y complacientemente al espíritu, es el que nos reúne en este augusto recinto, á donde en coro universal venimos á entonar el himno glorioso á que son acreedores nuestros mártires, nuestros héroes que, á cambio de sus preciosas vidas, conquistaron para nuestra querida México el nombre de nación libre é independiente.

No se crea que la obediencia á un ritual acostumbrado nos llama aquí á tributar honores á nuestros grandes hombres, nos mueve á ello la conmoción que recibe el alma al recordar aquellas titánicas luchas, en que el éxito se decidía por el sacrificio más abnegado; aquellos días aciagos de prueba y desolación, tras de los cuales brilló para nuestra Patria el esplendoroso y magnífico sol de la victoria; y como toda percepción grata é inefable que cuando se experimenta se quiere compartir

con los seres más queridos que nos rodean, así procuramos que la generación destinada á sustituirnos, por medio de estas espontáneas manifestaciones aprenda también á gozar de la dulce satisfacción que embarga nuestros pechos, cuando en instantes como estos nos consagramos exclusivamente á conmemorar los afanes heroicos de aquella serie de campeones que, desde Hidalgo hasta Guerrero, representan toda la grandiosa epopeya de 1810 á 1821, cantada muchas veces por las sonoras y repercursivas voces de los más renombrados poetas.

Y ya que gustosos nos apresuramos á cumplir este grato deber, fuerza es que, como digno homenaje á esos venerandos padres de la Patria, repasemos sus proezas, procurando aprovecharnos de la enseñanza que traen consigo esos sus rasgos grandiosos, manifestaciones irrefutables de sus eminentes virtudes á las que deben el ser hoy colocados en los altares que á su honor levanta la gratitud de todo un pueblo.

La enseñanza que ellos encierran nos hace conocer cómo las naciones en medio de los embates de la caprichosa fortuna ó siguiendo ineludibles destinos, se ven subyugadas unas y otras, y mientras el patriotismo y la abnegación de sus hijos no vienen á salvarlas, arrastran los débiles la ignominiosa cadena de la dominación, cada día más pesada, como que esos odiosos sistemas hacen consistir la legitimidad de su derecho en la antigüedad de su institución.

La historia de todos los pueblos nos demuestra esa verdad, presentándonos las mismas

evoluciones, las luchas constantes y los idénticos resultados. En remotos tiempos las crueles y sangrientas guerras sin más fin que extender el fuerte sus dominios sobre el débil, en la edad media el mismo propósito revestido con la hipócrita intención de llevar á lejanas tierras el conocimiento de lo que llamaban civilización, y más tarde, cuando la humanidad se creía ilustrada, la faz de esas luchas cambió por completo, convirtiéndose en verdaderamente desastrosas, como que á los móviles antes dichos se unió el más inicuo de los pretextos, al que se llamaba santa misión, consistente en llevar á otro pueblo un tejido de embustes que con el nombre de religión se imponía á los vencidos haciéndoles torcer su conciencia con la perspectiva de los más terribles martirios ó de una horrorosa muerte.

La fatalidad quiso que en esa última época el genio sublime del atrevido genovés, contradiciendo el texto de esa compilación de fábulas abigarradas que llamaban escritura sagrada, libro funesto que tantos males acarrearía á la humanidad, presentase al viejo mundo ricas, bellas y exuberantes tierras á donde su sed de conquista pudiera verse satisfecha. La España, entonces á la vanguardia de los pueblos europeos, fué la primera en enviar sus flotas allende los mares y en tomar posesión de cuantos pisaban las plantas castellananas, sin más derecho que el que le daban sus amados tercios.

En ese festín en que todas las naciones de la Europa se repartieron como rico despojo las posesiones del Nuevo Mundo, tropezaron algunas con pueblos indómitos, bastante patriotas

que supieron defender su autonomía hasta donde lo permitieran sus escasos elementos. Entre ellos se distinguió la bella Anahuac, cuyos hijos heroicos se aprestaron á la contienda sin medir las armas de sus contrarios y con sólo la convicción de que al obrar así llenaban un deber sagrado, pues aunque rudimentaria su civilización, ya ardía en sus pechos el fuego santo del patriotismo.

La suerte favoreció á los conquistadores que agregaron á sus vastos dominios la más floreciente de las comarcas americanas. Desde entonces México formó una colonia dependiente de la España, cuyo dominio de tres centurias parecía haber extinguido aquel noble sentimiento revelado tantas veces en los sublimes esfuerzos de Guauhtemoc y Xicotencatl. Mas no fué así, porque aun cuando aparentemente se veía aceptada por los vencidos esta triste condición, siempre se conservó y trasmitió de generación en generación el amor á la libertad, demostrándose así en las varias tentativas que con diversos pretextos se efectuaron, cuya esterilidad provenía de la falta de un genio fuerte, azaz valeroso que empuñando la bandera de la justicia formase el nucleo á donde se agruparan todos los defensores de la autonomía nacional.

Llegó el tiempo en que se despertara de aquel engañoso letargo: los patriotas se apresuraron á aprovechar la distracción de España con los asuntos Europeos y, cuando menos se esperaba, lanzáronse á la lucha, encabezados por un venerable anciano que desde la humilde posición en que le tuviera colocado la envidia, no temió arrojar el guante al más

desenfrenado despotismo que entonces imperaba en este suelo. La obra estaba empezada: sus iniciadores, según la propia expresión del inmortal Hidalgo, no la verían concluida, pero en cambio su ejemplo quedaba como semilla fecundante, cuyos ópimos frutos tarde ó temprano debían cosecharse.

La contienda iniciada desde sus primeras faces fué desastrosa. Los partidarios de la Independencia contaban con el verdadero pueblo: los defensores del sistema colonial tenían á su favor el poder, los recursos pecuniarios y la indisputable influencia clerical, tres elementos que siempre se adunan y resisten á toda inovación. Unos y otros apelaron á sus medios disponibles pretendiendo el triunfo de su causa; pero nadie como el clero que predicó una verdadera cruzada contra los independientes, haciendo creer á la gente incauta que pretender la libertad, era el más horroroso crimen, incitándola á combatir contra sus defensores é inculcándole la creencia errónea de que así se agrada á un mito que llamaban dios, á quien daban los atributos de la perfección, entre ellos el de la misericordia, como si esta consistiese en la punible satisfacción de ver derramar á torrentes la sangre de los que decían sus criaturas.

Pero ¿para qué recordar en estos placenteros instantes aquellos funestos tiempos de diarias hecatombes y de constantes luchas? Anticipémonos á llegar al resultado que era de esperarse en esa contienda del más legítimo derecho contra el inicuo capricho del fuerte que á todo trance pretendía conservar la posesión que le dieron sus armas.

Después de diez años de cruentos sacrificios el pendón de la libertad, tremolado por primera vez en el humilde Pueblo de Dolores, flameó orgulloso en el antiguo palacio de los reyes aztecas. México había recobrado su independencia, y volvió á ser inscrito en el catálogo de las naciones libres. Ese gran triunfo, debido á los heroicos esfuerzos de sus hijos es el acontecimiento que hoy celebramos, elevando nuestros más fervientes votos de gratitud á los mártires benditos que en holocausto ofrecieron gustosos sus vidas por darla á su Patria.

Libre ya nuestro suelo de la dominación europea tuvo aun que pasar por duras pruebas para disfrutar de aquella preciosa herencia. Los vencidos en la lucha conservaron siempre sus rencores y en cada oportunidad encendían la tea de la discordia, llegando su obstinación hasta recurrir al auxilio extranjero para implantar aquí un gobierno monárquico, ridícula caducatura del de su protector que duró tan sólo el tiempo que las huestes invasoras permanecieron en el país.

Este desengaño fué el último de esa facción recalcitrante. Desde entonces imperó por completo la libertad conquistada por nuestros antepasados y México se vió encarrilado en la vía del adelanto por donde marcha rápidamente á su merecida felicidad.

En estas evoluciones sufridas hasta hoy se ha cumplido solo una ley constante que, así como rige al mundo, se hace sentir en la humanidad, ya se represente ésta por el individuo, ya por la nación: la ley eterna del progreso universal. Si se registra la historia de todos los pueblos, se verá siempre la misma lucha, el

permanente impulso del moderno adelanto en contraposición con la tenaz resistencia del pasado; pero jamás éste ha sido capaz á detener aquel en sus agigantados pasos.

No obstante de que en esos cambiantes se observa una ley ineludible, cuando los efectos de ésta se facilitan por el esfuerzo humano, los hombres que á tal objeto se consagran merecen una distinción especial nuestros semejantes, y si ellos en sus propósitos arrollan obstáculos insuperables, se convierten en verdaderos héroes.

Entre nosotros el venerable cura de Dolores Miguel Hidalgo y Costilla, el ínclito Allende, el valeroso Jimenez, el esforzado Morelos, el abnegado Guerrero y tantos miles de patriotas que regaron con su sangre el suelo mexicano, fueron los agentes de esa ley á cuyo mandato vino por tierra el despótico sistema colonial. Mas tarde en la perfección de la obra empezada por aquellos beneméritos, desempeñaron su papel en igual escala nuestros constituyentes de 1857 y nuestros reformadores de 1859. Unos y otros representan dos épocas gloriosas para nuestra patria: la de la emancipación política y la de la libertad civil, conquistas valiosas que colocaron á México en el lugar que hoy ocupa entre las naciones civilizadas.

En la condición actual, herederos de aquellos preciosos bienes, en el goce completo de la más envidiable paz, seríamos ingratos si no correspondiésemos á los sacrificios de nuestros héroes, empeñándonos por el engrandecimiento de nuestra Patria, bajo la firme protesta de no derramar más la sangre del hermano en este privilegiado suelo, de aprestarnos á la lu-

cha sólo en defensa de ese legado bendito, pero nunca por saciar ruines pasiones, y de no despertar más odios que la rivalidad de todos los pueblos mexicanos en las cosas útiles y en el esfuerzo más ó menos común para el vencimiento de los obstáculos que se opongan á nuestro progreso.

Cuando hayamos cumplido esta solemne promesa, cuando presentemos al mundo el agradable espectáculo de un pueblo unido, trabajando de consuno por nuestro propio bienestar y seamos los factores del movimiento impulsivo que conduzca este suelo á la prosperidad, entonces, sólo entonces seremos dignos de disfrutar tranquilos y satisfechos la valiosa herencia de PATRIA y LIBERTAD que nos legaron Hidalgo y Juárez.—DICE.

TESTIMONIO DE INVARIABLE AFECTO

A MIS QUERIDOS DISCIPULOS  
EN EL PRIMER CURSO DE LITERATURA

EN EL COLEGIO CIVIL DE MONTERREY.

Coronel Ingeniero Ignacio Morelos Zaragoza.

Sr. Dr. José Martínez Aneira,  
" " Francisco Garza Cantú.  
" " Evaristo Sepúlveda,  
" " Antonio Fernández,  
" " Jesús María Sepúlveda,  
" " Perfecto Barbosa,  
" " León Buentello,  
" " Albino Martínez,  
" " Eduardo Zambrano,  
" " Abraham Buentello,  
" " Ignacio Saldaña,  
" Lic. Juan J. Barrera,  
" " Carlos Villareal.

CANTO á la Patria, leído por su autor Lic. Herme-  
negildo Dávila, la noche del 15 de Setiembre de  
1888 en el Teatro del Progreso, á invitación de la  
Junta patriótica de esta Capital.

15 Y 16 DE SETIEMBRE.

¿Y quién soy yo para elevar un canto  
A tus glorias, que son todo un poema,  
Patria de Cuautemoc, de Hidalgo y Juárez,  
De nuestro cielo espléndidos planetas?  
Del uno al otro mar: del Gila al Bravo,  
Cuando el sol del recuerdo centellea  
Al vivo albor de tu primer mañana,  
Himnos entonen los egregios poetas.  
Y al estallar en sus tonantes arpas  
El alto acento, la armonía homérica;  
Pueblos en pié: que con fervor la Patria  
Sus grandes dioses en su altar venera.  
Oye, madre, mi ruego, Patria mía,  
Alienta mi alma con tus glorias épicas,  
Y pueda yo cantar, y que á mi canto  
Si nó la inspiración, tu amor encienda.  
Quiero llevar mirada indagadora  
De tu historia á las páginas primeras,  
Y llanto derramar en las que escritas  
Están con sangre de tus mismas venas.  
Quiero mover cenizas venerandas,  
Que deificamos en la fría huesa,  
De hombres en la alba de la vida oscuros,  
Y héroes al fin de la mortal carrera.  
Quiero escuchar del bosque en la espesura,  
O del desierto en la tostada arena,  
De mártires ignotos el jay! último,  
Que el eco guarda con piedad extrema.  
Quiero romper los nublados del pasado,

Y al Ibero mirar en la pelea,  
En que, en vez de encontrar un Moctezuma,  
De un pueblo joven la pujanza encuentra.

Y deshecho el negror de las batallas  
En que ha luchado, Patria, tu existencia,  
Mostrar al mundo, en medio de tu cielo,  
El sol sin mancha de tu gloria excelsa.

¡Salve, mundo que brotas de los senos  
De mares ricos en coral y perlas,  
Y cuyo suelo por entrañas tiene  
El oro y plata en rocas sempiternas!

Edem perdido para el viejo mundo,  
Desde el remoto día en que la tierra  
Desquebrajada se sintió al empuje  
De impulso interno, de ciclópea fuerza.

¡Oh cuán llenas de encanto tus montañas,  
Y tus llanuras de verdor cuán llenas!  
Tus quietos lagos, tus veloces ríos,  
Cómo el dulzor de la ventura encierran!

En tu extensión agítanse mil pueblos,  
Que si al buen Dios en el altar no inciensan,  
En sus templos irradia intenso brillo,  
Que aun hoy del sabio el extupor engendra.

Horas tras horas, siglos tras de siglos  
Pasaron en tropel. La edad primera  
De esas gentes ¿cuál fué? ¿Cuál fué la cuna.....?  
Torbo el pasado en su negror lo encierra.

Días y días el tranquilo tiempo  
Paz agregado á tu ventura hubiera,  
Si la fé de un Colón no despertara  
Al alma grito de visión profética.

Y los mares salvó; pisó tus playas,  
Y tras sus firmes indelebles huellas,  
El rayo vino de Cortés en mano,  
Y gemidos de esclavo dió el azteca.

En tanto el genio, veedor de un mundo,  
Con cadena en los pies, del trono cerca,  
Su adiós postrero confió á la sombra  
De triste cárcel y cuán triste estrecha!

Y su alto nombre, gloria de su siglo,  
El mundo no llevó, que en vez primera  
Virgen hizo surgir á su reclamo  
De polo á polo en majestad suprema!

¿Y para qué evocar augustas sombras  
De la gigante sin igual contienda,  
En que, si débil Moctezuma se hunde,  
En vano Cuautemoc héroe se eleva?

Desolada, abatida, gemebunda  
Yace la gran Tenoxtitlán la régia,  
Y son sus calles, antes bulliciosas,  
Ríos de sangre en cauces de hosamentas.

Y pasan días y centurias pasan,  
Y aun parece que el sol se envuelve en niebla,  
Para no ver de la voraz codicia  
La huña rapaz cebarse como hiena!

Y no es un hombre, cuya espalda siente  
El látigo feroz, que hiriendo afrenta;  
Es todo un pueblo, que de sangre en llanto  
Ahoga el corazón, muda la lengua.

Y pasan días y centurias pasan,  
Sin que en el cielo de la Patria esplenda,  
El sol que brumas de infortunio ahuyente,  
Y de ese pueblo la esperanza sea!

Ronco retruena en tenebrosos antros  
Rumor ignoto, mécese la tierra  
De extremo á extremo en dilatada zona,  
Llevando el pasmo y el terror do quiera.

Súbito rompe seculares rocas  
Tronante fuego, que al espacio eleva  
Impulso superior, y ríos de ascuas  
Do quier la muerte y el incendio siembran.

Así en el pueblo de gemir cansado,  
Sordo se agita el malestar, y llega  
El fiero instante en que, volcan sañudo,  
El santo enojo con furor revienta.

La hora sonó. Las lágrimas vertidas  
En el silencio de apagadas quejas  
De pueblo infortunado, mas no abyecto,  
Dieron calor á devorante hoguera.

A su llamear, de anciano venerable  
Inflamose la clara inteligencia,  
Y el corazón se estremeció y al punto  
Marcó al pasado lúgubre la meta.

Al fiat de su labio prepotente,  
De aquella noche entre la opaca niebla,  
El porvenir adelantó sus horas

Y al anciano exclamó:—"Bendito seas,  
 Bendito seas deseado apóstol  
 Por el pueblo que gime entre cadenas.  
 Bendito seas tú, que, penetrando  
 Del sofocado corazón la pena,  
 Comprendes el clamor, que no se dice,  
 El ¡ay! del alma que en el labio quema,  
 Y sabes que no hay vida, si en la vida  
 Sin patria y sin honor el hombre alienta.  
 Bendito seas tú, Moisés de un pueblo,  
 A cuya voz un pueblo se despierta,  
 Y á quien el Sinaí de las batallas  
 Dará las tablas de la ley suprema,  
 Por que ese pueblo con afán suspira,  
 En tres centurias de servil cadena.....!  
 Ya puedes exclamar México hermosa:  
 Progreso, libertad, independencia.—"

Bendito apóstol! Si sañudo el tiempo  
 Con crudo invierno azota tu cabeza,  
 Tu corazón gigante, tu alma de héroe  
 La juventud encienden en tus venas.  
 ¿Quién, sino tu no más, en el insomnio  
 Pudo alcanzar la bienhechora idea,  
 De quebrantar el cetro y la corona  
 Que á tus hermanos á sufrir condenan?  
 Tú, en el inmenso espacio de la mente,  
 Dominando cual águila altanera,  
 Pudiste ver un mas allá, pudiste,  
 A la espléndida luz de tu conciencia,  
 En el libro leer, que lleva el hombre  
 Con letra de su Diós, como él eterna:  
 "Los hombres son iguales, y tan sólo  
 La virtud y el saber son la nobleza."  
 Al efluvio del alto pensamiento  
 Levantose una patria: la tuya era,  
 Y en silencio te dijo:—"Hidalgo, Hidalgo,  
 Libertad ó la muerte: esa es tu enseña."—  
 Y la voz de tu labio como trueno  
 Se desprendió, retando al león de Iberia,  
 Siendo testigo de tu reto el mundo,  
 Lo justo, de tu causa la potencia.  
 Tus pasos seguirán como en torrente  
 De México los hijos. Corre, vuela,

Que tres centurias de dolor reclaman  
 Venganza.....? nó; pero justicia recta.  
 De tus labios el grito ya los ecos  
 Por todas partes afanosos llevan.  
 Adelante: que el sol del nuevo día  
 Aliento de valor con su luz vierta.  
 Y haga saber de México á los hijos,  
 Los huérfanos de ayer, los sin herencia:  
 Que una madre les das: esa es la Patria,  
 Que una herencia les das: que libres sean!

Salve, mil veces salve, anciano egregio,  
 En quien la noble majestad se ostenta  
 De la virtud, con el fulgente brillo  
 De viva luz de un sol-inteligencia!  
 Más que la fama y el amor de gloria,  
 Que tanto á grandes corazones ciegan!,  
 Levántate el amor de tus hermanos,  
 Cuando gemir sin patria los contemplas.  
 Sublime abnegación, alto heroísmo!  
 ¿Cuál es tu cuna, tu poder, tu fuerza,  
 Hombre ignorado del magnate regio,  
 A cuya voz dos mundos se prosternan?  
 Quién eres tú, vasallo desvalido,  
 A quien toca prestar sólo obediencia?  
 ¿Quién eres tú, que sueltas al espacio  
 Caldéantes palabras de profeta?  
 ¿Eres engendro de huracán pujante,  
 Cuando el furor desata la tormenta?  
 ¿O eres del rayo emanación flamígera  
 Que mata al punto, cuando hiere apenas?  
 Ni el oro, ni el marfil brilló en tu cuna,  
 Ni te engendró la mágica leyenda,  
 Y avanzando la edad, al mirar llanto  
 Y estragos, y opresión y ruinas yertas,  
 "Cese tanto sufrir," has dicho á solas,  
 Y la pujanza de un Titán encuentras:  
 Que en tu conciencia límpida del justo,  
 De todo un pueblo encarna la conciencia!

## II.

Extraña agitación allá en Dolores,  
 El sol que vino tras la noche aquella

Sonriente mostró: mostró una patria,  
 Que apenas nace y á la lid se apresta.  
 Allí Aldama, y Allende y Abasólo  
 Con el anciano están. La santa idea  
 Inflama sus espíritus y juran  
 Dar libertad á la nación opresa.  
 Llenos de juventud, llenos de vida,  
 Del dulce hogar la venturanza dejan:  
 ¡Que al fin si esquivá su corona el triunfo  
 Nunca el martirio su apoteosis niega!  
 Y al dirigir con rapidez la planta  
 A la ciudad de fama duradera,  
 Porque en los senos de sus calvos montes  
 El preciado metal copioso encierra,  
 Crece y más crece en número infinito  
 Aquella muchedumbre gigantesca,  
 Que en derredor acude del anciano  
 Presintiendo feliz, libre existencia.  
 Ve que la lucha en inmediato día  
 Pondrá su brazo y su valor á prueba,  
 Y prepara su pecho para muro,  
 Y prepara su vida para ofrenda.  
 Por arma lleva la cortante azada,  
 De quien el surco llorará la ausencia.  
 Eso le basta: que con fé luchando  
 Quien lidia con valor el triunfo lleva.  
 Adelante soldados de ese pueblo,  
 Que sólo cuitas en su historia cuenta,  
 Y que si ayer, ilota se adormía,  
 Hoy de la Patria al grito se despierta.  
 ¡No miráis en el cielo de vuestra alma  
 Como luna que surge placentera,  
 Encenderse una luz esplendorosa  
 Que derrama fulgor en vuestra senda?  
 Esa luz, ese sol, Dios lo ha encendido  
 Para que irradie en medio á las tinieblas,  
 Para llenar al pecho de bravura,  
 Para darle vigor en lid adversa.  
 Tal es el patriotismo! Virtud santa,  
 Que el corazón reboza de braveza,  
 Y que hace al débil en Titán tornarse  
 Y en justo vengador de injusta ofensa.  
 El esclavo de ayer, hoy es el hombre,  
 El colono de ayer al mundo muestra

Que es hoy el mexicano, que defiende  
 Un hogar, una Patria, una bandera.  
 Adelante, los hijos de la Patria,  
 Que apenas nace y á la lid se apresta.  
 ¡Que al fin si esquivá su corona el triunfo,  
 Nunca el martirio su apoteosis niega!

Pocas auroras alumbrado habían  
 De Hidalgo al pueblo, cuando ya flamea  
 Su pabellón en mil robustas manos  
 De quienes "criollos" llama el que gobierna.  
 Que la corona con pueril intento  
 De su nación los hijos de la América,  
 Jamás consideró. Puso en sus frentes  
 Como señal de oprobio un anatema.  
 Los criollos hoy levántanse. Su empuje  
 ¡Quién puede resistir cual tromba fiera,  
 Que rabiosa en gigantes remolinos  
 Rocas desgarrá en catarata inmensa?  
 ¿No los véis? ¿no los véis en Granaditas  
 Sólo mostrar por arma tosca piedra?  
 ¿Y al ver no lejos despiadada muerte  
 Serenidad y abnegación que aterrará?  
 Ellos son, ellos son los herederos  
 De tres centurias de apagadas quejas.  
 Si es preciso morir, van á la muerte  
 Para que el día de ventura esplenda.  
 Allí con sangre, que á torrentes corre,  
 La lid la causa del eríollo sella,  
 Y del anciano, ante la faz del mundo,  
 De victoria el pendón pone en la diestra.  
 En ese instante el porvenir de un pueblo  
 Se fijó para siempre: Las cadenas  
 Del opreso infeliz, hechas pedazos  
 Miró á sus plantas el león de Iberia.

Tú lo viste mi Patria. Tú sentiste  
 La vida rebozar en tus arterias,  
 Que Cuauhtemoc desde la tumba fría  
 Tu corazón inspira en la grandeza.  
 No haya paz, no haya tregua. De tu cielo  
 El flamígero sol bravura encienda,  
 Y tus salvajes bosques á tus hijos  
 Den el valor de sus terribles fieras.

Tú, con Hidalgo el monte de las Cruces  
Hiciste retemblar con la pelea,  
Y del triunfo el pendón brillar hiciste  
Segunda vez en su robusta diestra.

Y si después de la victoria el astro  
Para el caudillo al occidente llega.....  
Tú lo lloraste mártir en su tumba,  
Y ser libre también juraste en ella.

Y en número crecido los guerreros  
Brotaron por do quier en tu defensa:  
¡Que si sangriento Gólgota halla el hombre,  
Nunca Gólgota habrá para la idea!

¿Quién es? ¿quién es aquel, á cuyos pasos  
El triunfo marca rutilantes huellas?  
¿Quién es el que convoca á la victoria,  
Y la victoria á su reclamo llega?

El genio lo engendró. Puso en sus ojos  
El fuego de la espléndida centella,  
Del huracán el trueno allí en sus labios,  
Y allí en su corazón una creencia!

¿No lo véis? ¿No lo véis? El infortunio  
Al oír sus palabras se prosterna.

Es Morelos.....! Morelos, el gigante,  
El hijo de la gloria y de la guerra.

Están con él Galeana y Matamoros,  
Los Bravos y Terán y..... ¿Habrá quién pueda  
Tantos héroes nombrar, si á muchos de ellos  
El nombre humilde devoró la huesa?

¡Oh mártires ignotos! cuyas tumbas  
No marca al menos la campestre piedra!  
Si la historia no guarda vuestros nombres,  
De vosotros hay fuego en nuestras venas:

Que cuando el día de la lid asoma,  
En medio del fragor de la refriega,  
Hay algo en el espacio que da aliento,  
Aliento engendrador de altas proezas.

Y es que en el cielo de la Patria mía  
Los espíritus vuestros son estrellas,  
A cuya luz se enciende en nuestras almas  
La fé del mártir, que á la gloria lleva.

Cayó el Titán. ¡Y cuantos le siguieron  
Sin desmentir del héroe la entereza!  
Torres cayó! también el bravo Mina,

El hijo del valor y la leyenda,  
Aquel, que, audaz salvando de los mares  
Voraz avismo en leve carabela,  
Y á quien la sangre alienta de Pelayo,  
De la Colonia vino á la defensa.

Ruinas do quier! De la esperanza el astro  
Caminaba á ocultarse en noche negra.....!  
Que los tuyos ¡oh Patria! que en las lides  
No hallaron á su esfuerzo recompensa,

Como Bravo y cien más, entre masmorras  
El alma sólo con dolor abrevan.....!  
Pero llegó el instante. El gran Guerrero  
Pudo salvar la nave en la tormenta,

Y vino al fin de la ventura el día,  
Y al fin en el palacio del azteca  
El águila caudal batió sus alas.  
Venciste al fin, tuviste independencia.

Pueblo, allí está. La arrulla la victoria  
Y dos coronas á sus plantas ruedan,  
En la una mano lleva su estandarte,  
Las tablas de su ley en la otra lleva.

Y confiada en su valor, tranquila  
El porvenir con majestad espera.  
De su estandarte á la bendita sombra  
Hijos y extraños la ventura encuentran.

Salve, sagrado pabellón; tu formas  
Del hombre-pueblo, que en la patria alienta,  
El tesoro mayor, su honor, su gloria,  
De sus mayores la sin par herencia.

Puede el destino días de infortunio,  
Centurias darte de amargura llenas;  
Pero hacer no podrá, lema bendito,  
Que causa indigna tu valer proteja.

En el estadio de lo justo siempre  
Con noble majestad alto flameas,  
Y siempre, al asomarse la victoria,  
Del vencido mitigas las dolencias.

Tú, nuestros pechos con amor enciendes,  
Y aun á los hijos de la madre Iberia  
Por hermanos nos das. En nuestras almas  
Error habrá; mas nó rencor que afrenta.

Que aquí en el corazón hervir sentimos  
La sangre de la raza, cuya enseña

Llevó por donde quiera la victoria  
 En las ciencias, las artes y la guerra.  
 Yérguete pabellón; yérguete altivo,  
 Tu guía siempre la victoria sea,  
 Que sólo así tus mártires, tus héroes  
 Bendecirte podrán desde la huesa.  
 Si alumbra día en que nación extraña  
 Ose ofender tu majestad suprema;  
 Que un Cuautemoc, que un ínclito Morelos  
 Alto te eleve en la invencible diestra,  
 Y alcanzando del triunfo los laureles,  
 Los pueblos todos admirarte puedan,  
 Viendo brillar en despejado cielo  
 El sol sin mancha de tu gloria excelsa.

Monterrey, Setiembre 15 de 1888.

*ALOCUCION leída por el obrero Antonio Sada en el Teatro del Progreso, la noche del 15 de Septiembre de 1888, en representación del "Gran Círculo de Obreros de Monterrey."*

CONCIUDADANOS:—El patriotismo, el sentimiento de la dignidad nacional, no son patrimonio ni del genio ni del letrado. Si tal fueran, ó el "Gran Círculo de Obreros" que me acogió en su seno y con cuya representación me honro en esta ocasión, no tomara participio en estas solemnidades, ó voces como la mía no concurrieran al gigantesco himno que diez millones de mexicanos elevan en loor del mexicano más digno de alabanza. ¿Es esto decir que pretendo yo, ignorante obrero, satisfacer las exigencias de vuestra cultura? Jamás he abrigado tales pretensiones; pero sé perfectamente que con presentaros mis manos encallecidas en el manubrio de la prensa, sé perfectamente que con abriros mi leal corazón, purificado en el crisol del taller, he conquistado vuestra benévola indulgencia, y esta consideración me alienta y me sostiene.

Pasaron ya los tiempos en que la tribuna era como la hornaza en que se atisaban rencores mal apagados y en la que se enardecían odios aún no extinguidos. Pasaron ya los tiempos, repito, en que desde esta tribuna se fomentaban los rencores contra el usurpador extranjero y se mantenían vivos los odios que contiendas interiores enardecieran en los corazones mexicanos, de suyo nobles y levantados. El fantasma de bando político, el partido ultramontano, ha venido sufriendo muy especialmente las picantes alusiones de más de un orador patriótico ha mu

chos años; y sin embargo, yo, aunque en la escasez de mis luces, creo interpretar fielmente el sentimiento unánime de mis consocios, olvidando en este día los males que cualesquiera bandos hayan podido ocasionarnos. No es mi ánimo censurar en lo más mínimo al orador ú oradores que hayan incurrido en esa debilidad, no es mi ánimo censurarlos. Yo estimo de mi deber el manifestaros los sentimientos que vivifican al "Gran Círculo de Obreros," y en cumplimiento de ese deber me es grato significaros que esa asociación está resuelta ha hacer á un lado toda valla de bastardos sentimientos que man tenga la división entre nosotros, á desligarse ab solutamente de toda especie de tradiciones de bandería que impidan ó aplacen la organización de todos los intereses humanos legítimos en un sistema estable social.

El "Círculo de Obreros" mira el bien de la patria como el supremo bien; al que ha sabido y sabrá posponer sus intereses individuales, y en pró del que trabaja en la medida de sus fuerzas.

Admira la heroica voluntad de Hidalgo, aplaude de la entereza de Allende, respeta la abnegación de Bravo y venera la indomable constancia de Morelos y Guerrero. Pero toma también en cuenta el trascurso y las enseñanzas de los tiempos, porque comprende que á fines y épocas distintas, corresponden ideas y caminos distintos.

Hidalgo, Morelos y Guerrero combatieron por la independencia nacional y conquistar pudieron con el puñal homicida un nombre inmaculado para nuestra independiente México. Pero nosotros que pretendemos la sistematización definitiva de todas las libertades y derechos del hombre; nosotros que combatimos por la unificación de los pueblos latinos; nosotros, en fin, que soñamos en la armonización superior de los aparentes encontrados intereses de la humanidad

terrestre, nosotros debemos renegar para siempre de la opresora é insultante fuerza de las armas.

La clase obrera comprende y siente ella misma la necesidad de progreso que la espolea; pero cree también que toda reforma provocada por la violencia es de efimera existencia, carente de suficiente preparación por el tránsito sucesivo de los pueblos, á través de los grados de su carrera histórica. Persigue con incansable afán, como punto único de mira, un estado de cosas en que todos y cada uno de los órganos de cultura social, disfruten de un libre juego de sus facultades, sin ponerse trabas ni obstruirse el paso mutuamente. Este fin persigue el "Gran Círculo de Obreros" y tras de largos años de inquebrantable celo, mira ya no lejano el día en que sus miembros puedan vincular fundadas esperanzas en la protección de sus hermanos, puedan dignificar sus aspiraciones en institutos de educación asequibles á la escasez del industrial, y puedan, por último, dirimir sus interiores disputas en tribunales de Obreros. Esto pretende la heroica corporación de obreros y al pretender lo cree trabajar por la causa del bien. Esto pretende la heroica corporación, é inspirada por la nobleza de su ambición, aguijoneada por su amor á la patria y á sus miembros y sostenida por el concurso de las gentes honradas, no descansará hasta haber realizado sus esperanzas.

Por esto se siente digna de tomar participio en esta solemnidad y orgullosa de sus ideales, como expresión de su gratitud profundísima y de su altísimo respeto, presenta su fe en el porvenir, su ambición pura de todo sentimiento interesado y su entusiasmo inspirado por la causa que defiende, como ofrenda de su veneración hacia los héroes de la independencia mexicana. —  
DIJE.

*DISCURSO pronunciado el 16 de Septiembre de 1888, en el Teatro del Progreso, por el Sr. Lic. Francisco Valdés Gómez, orador oficial nombrado por la Junta Patriótica de esta Capital.*

SEÑOR GOBERNADOR.—SEÑORES:—Hay hechos grandiosos y sublimes que trasportan al espíritu humano á una dulce y amena región que no puede describirse, y que sólo se siente por los efectos que experimentan nuestros corazones, por ser superior á la fuerza de toda palabra; y uno de esos hechos portentosos es sin duda, para los hijos de este privilegiado suelo, el que hoy se celebra del uno al otro confín de la República, el aniversario del 16 de Septiembre de 1810, en que dió principio la sublime epopeya de la independencia nacional, que el día de hoy cantan entusiasmados con sentidas y armónicas voces y con himnos guerreros todos los mexicanos, y que seguirán entonando nuestros hijos y nuestros nietos en el curso sucesivo de todos los tiempos.

Por esto nuestra patriótica ciudad ha amanecido de gala en este gran día: la bandera nacional, que tantas veces se ha llenado de gloria y que cubre con su benéfica sombra al pueblo mexicano, ondea magestuosa en lo más alto de los edificios públicos; las calles y casas están adornadas con lujosas y alegres colgaduras; las músicas y bandas militares recorren todos los ángulos de la población tocando piezas patrióticas; los talleres, tiendas y toda clase de oficinas, es-

tán cerradas, para dar toda la expansión al espíritu; y las gentes se agitan en las calles, avenidas y plazas de una parte á otra, con el vaivén de las olas, para congratularse en este fausto día, revelando en sus semblantes el alborozo y el júbilo con que rebozan sus corazones. ¡Qué grande y magestuoso aparece un pueblo cuando entusiasmado celebra las glorias de su patria! ¡Qué noble y culto se manifiesta cuando en este gran día se consagra por entero á rendir un homenaje de gratitud y respeto á los héroes que por él se sacrificaron! ¡Qué imponente é invencible es cuando se identifica con los guerreros que defendieron su suelo y su libertad hasta verter la última gota de su sangre!

A rendir esa justa veneración ha venido aquí este ilustrado y numeroso concurso, embriagado de un solo y noble sentimiento, el amor á estos hermosos campos que nos vieron nacer, y á la atmósfera purísima de nuestro cielo que fortifica al espíritu en las cívicas virtudes. A mí tocó la alta honra de ser nombrado por una Junta de respetables ciudadanos para narrar las proezas de nuestros mayores, distinción que acepté con gusto, porque sé que un mismo pensamiento domina en este auditorio, la memoria de nuestros patricios, y porque estoy seguro de contar con su siempre acostumbrada benevolencia.

¡Pero cómo significaré las hazañas de nuestros antepasados? ¡Cómo referiré de un modo digno los beneficios que de ellos recibimos? ¡Ojalá que el ángel de la victoria y de la inmortalidad que corona sus frentes, me prestara su bélica trompeta, para que sus ecos marciales hiriendo vuestros corazones, y repercutiendo en las concavidades de nuestros montes, traspasaran nuestros valles y la inmensa líquida llanura de los mares, y llegara á mover las delicadas fibras de los grandes genios que pueblan la Tierra,

para que cantaran con la belleza de la sublime epopeya los hechos grandiosos de los campeones de nuestra independencia!

¡Pero cuál fué el origen de nuestros patricios, y quiénes fueron los principales? Todos los geólogos convienen en que los mares sucesivamente van cambiando de lecho; porque á toda hora se depositan en ellos las arenas y deslavamientos de las partes altas, que con el curso de los siglos formarán una cantidad fabulosa de materia, que indefectiblemente operará aquel cambio. Por esto es probable la opinión de que la Asia Nor-Oriental haya formado un solo Continente con la América Nor-Occidental, y que lo que hoy es estrecho de Behring fuera hace quince siglos un istmo de mayor extensión que el de Suez.

Nuestros indígenas, según su historia, que conservaron escrita con geroglíficos, como lo hacían los pueblos antiguos, hasta que hubo un genio que expresara todos los sonidos de la voz humana con las letras del alfabeto, vinieron del Norte de este Continente en diferentes tribus, hasta que hallaron un lugar benigno que les proporcionara las necesidades de la vida. Por esto debe creerse que los pobladores de América proceden de la Asia Nor-Oriental, habiendo pasado por lo que entonces era un istmo, y que después fué convertido en el estrecho de Behring. Tienen su origen de las mismas tribus asiáticas, que unas tomaron para el Oriente, hacia la América; y las otras hacia el Occidente invadiendo la Europa, obligando á los Césares de la poderosa Roma, primero á hacer capitulaciones deshonorosas con Alarico, y luego á someterse al dominio de sus invasores. Tal es el origen, según yo creo, de los primeros pobladores de estas privilegiadas comarcas, explicándose así su espíritu fuerte y guerrero, que tra-

jeron de aquella raza que destruyó al Imperio más poderoso que han conocido los siglos

Los aztecas después de una larga peregrinación, fundaron una ciudad, que fué conocida con el nombre de Tenoxtitlán, y luego un Imperio, el más poderoso de Anáhuac, al que estaban sujetos casi todos los reinos de esta parte de la Tierra: eran sóbrios, trabajadores é industrioses, y estaban muy adelantados en las artes y en la industria, como lo comprueban sus delicados artefactos, sus palacios y sus templos, y el calendario perpetuo que se conserva en la ciudad de México como un recuerdo de los adelantos de nuestros mayores.

El Imperio mexicano estaba en el apogeo de su grandeza, cuando un hombre superior, el gran marino Cristóbal Colón, con el eficaz auxilio de los humanitarios y nobles reyes de España, descubrió este nuevo mando, enriqueciendo á la humanidad con estas feraces y exuberantes tierras, y difundiendo por todas partes los progresos siempre crecientes de la raza humana. Mucho deben sin duda todas las naciones á aquel portentoso genio, que pudo agregar al mundo antiguo otro desconocido, como si hubiera juntado á la Tierra un nuevo Planeta que produjera cuanto el hombre necesite para su bienestar y reposo en el curso de la vida. Yo, pues, saludo en este gran día al hombre extraordinario que nos puso en contacto con el resto del mundo, y á la magnánima España que con su previsión y sus recursos difundió por la Tierra tantos beneficios.

Descubierto este rico suelo á fines del siglo XV, mandó la España á principios del siguiente al astuto y guerrero Hernán Cortés con un ejército de las tres armas, para que sometiera á los habitantes de Anáhuac á la corona de aquella monarquía. Ese hábil campeón se puso de acuerdo con todos los naturales que estaban descon-

43432

tentos con el Imperio mexicano, y con ellos formó numerosas legiones, emprendiendo una verdadera campaña de conquista.

Durante la guerra, se vieron de parte de los mexicanos hechos sublimes de heroicidad, dignos de competir con la histórica defensa de las Termópilas, como sucedió en la famosa Noche Triste, en que quedaron los lagos y calzadas terraplenados de cadáveres de ambos combatientes, y en que la victoria favoreció á los mexicanos; y en Otumba, en donde casi fueron derrotados los invasores, figurando como héroe de esas famosísimas batallas el malogrado y sentido emperador mexicano Cuiclahuatzín, que substituyó á su hermano Moctezuma II.

Por muerte del último Emperador, fué nombrado en su lugar el magnánimo y valiente joven Cuauhtemoc, que apenas contaba 23 años de edad; y este esclarecido patricio reconcentró á México todas las fuerzas que le fué posible. Cortés por su parte convocó á sus aliados, hasta formar un ejército de más de 200,000 hombres, con los cuales pudo sitiar la ciudad; y aunque hizo varias proposiciones honrosas al caudillo mexicano, ninguna fué aceptada, contestándole que todos los que defendían la tierra nativa estaban resueltos á morir antes que someterse. La lucha fué terrible y sangrienta: los españoles y sus aliados estrechaban el sitio diariamente, aunque á costa de mucha sangre, siendo necesario que se dedicaran más de 100,000 combatientes á destruir los edificios que iban ocupando. Los sitiados se defendían con supremo heroísmo, y después de ochenta días de sitio, en que el hambre y los moféticos miasmas de los muertos habían casi acabado con los defensores de la ciudad, al grado de quedar muertas las madres con sus hijos pegados al pecho, sucumbió el magnánimo caudillo mexicano, ocupando Cortés

un extenso cementerio de cadáveres, y cogiendo prisionero al indómito campeón, que con hidalguía suplicó á su vencedor que le quitara la vida, que le era tan odiosa despues de la ruina del Imperio. Tanto heroísmo y tanto amor á la Patria es semejante á la grandeza de los Saguntinos, y digno de un brillantísimo poema, en que quede escrita la fama de tanto valor, con letras de oro, en los libros de la inmortalidad. Yo, pues, saludo con toda la efusión de mi alma á ese magnánimo adalid, y á sus innumerables compañeros, que aceptaron una muerte segura, antes que someterse á un monarca extranjero.

Sujeto el Imperio mexicano á la corona de Castilla, inmigraron centenares de españoles á este país, fundiéndose esas dos razas atletas de indómitos guerreros, en otra nueva de ibero-mexicanos, de donde procedieron los denodados patricios, que tres siglos después habían de hacer la independendencia de México.

La España extendió sus dominios á la mayor parte de la América por ella descubierta, diciéndose con razón que el Sol siempre estaba alumbrando sus dilatados dominios, y que no había mar que no fuera surcado por los vajeles castellanos. Llegó en ese tiempo al apogeo de su grandeza, y era temida y respetada en todas partes por la valentía de sus hijos.

Pero á pesar de tanto poder, hubo un ilustre mexicano que, despreciando su vida, se le pusiera al frente, proclamando la independendencia de la República la noche del 15 de Septiembre de 1810. Ese caudillo fué el inmortal y benemérito Hidalgo, que sin más armas que la justicia de su causa, desafió al poderoso León de las Españas. El grito de libertad resonó como el trueno del rayo en la extensión de la que entónces se llamaba la "Nueva España," y desde luego se juntaron al ínclito Capitán mexicano, los patriotas Aldama,

Allende, Jiménez y otros muchos, pudiendo formar para ántes de seis días un ejército de más de cincuenta mil hombres, con el cual tomó á Guanajuato y forzó las posiciones del Monte de las Cruces; retirándose de allí al Puente de Calderón, en donde le fué adversa la fortuna, siendo despues hecho prisionero en Baján con sus inseparables compañeros los referidos Aldama, Allende y Jiménez, que fueron posteriormente ejecutados en Chihuahua, sellando así con su sangre la independencia de todos sus compatriotas.

El sacrificio de esos caudillos no fué estéril; porque despues se levantaron el inclito Morelos, los Rayones, los Matamoros, los Galeanas, los Bravos y otra multitud de patriotas, que se extendieron por toda la República, sin que un solo día dejara de estar amenazado el gobierno peninsular. La lucha siguió con encarnecimiento por once años, más de lo que duró la guerra de la famosa Ilión, dándose batallas casi todos los días, en que se distinguieron por su valor y patriotismo centenares de mexicanos, blandiendo sus bruñidas espadas y tersas picas en cien combates, hasta que, á merced de sus heroicos esfuerzos, se hizo para siempre la independencia de México, entrando victorioso á la capital de la República el ejército de las tres garantías el 27 de Setiembre de 1821.

La España, aunque de pronto se negó á reconocer la independencia, la aceptó luego, convenciéndose de que su hija adoptiva era digna de emanciparse y de formar una nueva familia que pudiera figurar como un Estado soberano en la gran asociación de la humanidad, é hizo un tratado reconociendo esos derechos el 28 de Diciembre de 1837, considerando á la República como una nación hermana.

De ese especial afecto á su hija emancipada, ha dado repetidas pruebas, como sucedió cuan-

do estuvo en nuestras playas el malogrado Gral. Prim, y al establecerse por los hombres mas prominentes en la política y las letras de esa hidalga y poderosa nación, el gran Centro denominado la "Unión Ibero-Americana," en el que se dió un lugar distinguido á nuestro Ministro plenipotenciario, nombrándosele segundo Vice-Presidente. También el 19 de Diciembre de 1886 se celebró en España por aquella trascendental asociación, un acto espléndido en honor de México principalmente, y de las demás naciones hermanas de origen ibero-latino. Los hijos de la República, á su vez, correspondieron á la grandiosa idea de aquella nación, de formar Centros correspondientes; y tomando una parte activa los miembros más distinguidos del Gabinete, se convocó á las naciones ibero-americanas para que secundaran aquel pensamiento; estando para hoy en esa sociedad diez y nueve Estados soberanos de origen latino; habiéndose celebrado el 12 de Octubre del año pasado en la ciudad de México una suntuosísima velada artístico-literaria, para conmemorar el descubrimiento de América por Colón y en honor de España y de los demás países hermanos. Además hemos visto que la Colonia española de la Habana contribuyó con \$10,000, para los inundados de León, haciendo otro tanto muchísimas personas de la misma nacionalidad.

Los lazos de simpática cohesión que hay entre los dos países, también se celebró de una manera solemne no ha mucho en este mismo local, por una Junta respetable de mexicanos y españoles, estrechándose todos los días más y más los vínculos de verdadero afecto de personas que tienen el mismo origen, unas mismas creencias, las mismas costumbres, y que están vigorizadas con una misma sangre; y por esto, desde hace algunos

años, en que borradas antiguas preocupaciones, los españoles se juntan con nosotros, como lo hacen el día de hoy, para celebrar nuestras glorias nacionales, lo mismo que lo haría una madre al recordar la emancipación de sus hijos más queridos.

Habéis visto, pues, conciudadanos, cuán íntimos y cordiales son los vínculos que nos unen con la antigua Metrópoli y con las demás naciones Ibe-ro-americanas, lo cual es un progreso grandioso en la vida de la humanidad, y cuya unión puede ser la base del establecimiento de un Congreso universal, que decida las cuestiones de todos los Estados soberanos de la Tierra, como lo dijo uno de nuestros más distinguidos políticos; y también cuál es el verdadero origen de nuestra raza, procediendo los aztecas de los guerreros que vencieron el Imperio de Occidente; y los que hoy componen la nación mexicana, de aquellos indómitos atletas y de los siempre venerandos defensores de Sagunto, Numancia y Zaragoza, que han perpetuado su memoria en los fastos más heroicos de los campos de batalla; porque al ser vencidos, sólo halló el conquistador, como todos saben, dentro de las murallas, escombros y demacrados cadáveres.

También he manifestado quienes fueron los héroes principales de nuestra independencia, entre los cuales debe además figurar el benemérito Juárez, que con su energía supo sostener la integridad nacional; sintetizándose así las épocas principales de México en los augustos personajes Cuahtemoc, Hidalgo y el esclarecido Juárez, á los que bendecimos y veneramos en este agosto día, dedicándoles con toda la fuerza de nuestra alma este justo homenaje de nuestros más gratos y expansivos recuerdos.

Pero ya que tanto debemos á los héroes que han defendido nuestra independencia, y que sa-

crificaron su reposo y su vida por la Patria, mostrémosles en esta sublime fiesta nuestros más tiernos y sinceros agradecimientos, erigiéndoles un altar en nuestros pechos, en donde perennemente arda el suave incienso de nuestra gratitud, é inculquemos sus cívicas virtudes en la juventud que ahora se levanta, dándole una educación, no sólo moral y científica, sino también guerrera, para que si mañana el ángel de la paz pliegare sus alas, que Dios no lo permita, y una nación extranjera tratara de invadir nuestro suelo, halle en cada padre de familia un caudillo, en cada hijo un soldado, y en cada palmo de tierra una odiosa sepultura, y así ocuparemos, entre las más pederosas naciones, el alto y suntuoso asiento que Dios señaló á este país privilegiado. ¡Viva la República mexicana libre é independiente! ¡Vivan los héroes de nuestra Patria! ¡Vivan los mártires sin nombre! — DIJE.

COMPOSICION poética leída por su autor en el  
Teatro del Progreso el 16 de Septiembre de 1888

16 DE SEPTIEMBRE.

I.

¡Surge, recuerdo bendito,  
Del fondo de mi memoria,  
Y dame un canto de gloria  
Que llegue hasta el infinito!  
Tu inspiración necesito  
Y tus notas de armonía,  
Para cantar la hidalguía  
Jamás hollada ó vencida,  
De mi patria bendecida,  
La adorada patria mía.

II.

¡Anáhuac! Débil aliento  
Entre mis labios murmura:  
Sólo el rayo que fulgura  
En el ancho firmamento,  
Sólo su estruendoso acento  
Fuera tu digna canción.....  
Mas si falta inspiración  
¡Oh patria! para cantarte,  
En cambio para adorarte  
Me basta mi corazón.

III

¡Anáhuac! ¡Cuál se mostraba  
Tu magnífico esplendor  
Cuando agreste flechador  
Tu vírgen suelo pisaba.  
Natura se recreaba  
En tí, su obra bendita:  
Y estaba tu gloria escrita

49

Cual sobre espléndido tul,  
De tu hermoso cielo azul  
En la bóveda infinita.

IV.

Del sol la púrpura breve  
Teñía tus horizontes  
Tras la cumbre de tus montes  
Y tus volcanes de nieve;  
Movía el céfiro leve  
Las hojas del platanar,  
Y te daban á la par  
Sus frutos el cocotero,  
Su perfume el limonero  
Y su sombra el platanar.

V.

En tus bosques intrincados  
De entretegidas lianas,  
Torcían las yedras tempranas  
Sus tallos ensortijados:  
Los ibiscos encarnados  
Se mecían blandamente;  
Sobre la mansa corrietne  
Los nenúfares vogaban,  
Y los lirios se miraban  
En el cristal de la fuente.

VI.

De Natura el sabio aviso  
Aclamó con fuero airoso  
Al azteca generoso  
Por rey de aquel paraíso.  
Y que fuera libre quiso,  
Libre, sin penas ni duelo,  
Como el viento parleruelo  
Que silba en el carrizal,  
Como el águila caudal  
Que cruza el azul del cielo.

VII.

De pronto, noche sombría  
Con enlutado capuz  
Ocultó la clara luz  
Que en el firmamento ardía.  
El pueblo azteca gemía  
Encadenado en la bruma,  
Y el mar con olas de espuma

7

Batfa las costas febril,  
Creyendo raza servil  
La raza de Moctezuma.

## VIII.

¡Más, escuchad! La tormenta  
Ruge con sordo furor,  
Y en estrépito y fragor  
El ronco trueno revienta.  
Y prosigue, y acrecienta  
La ruda impetuosidad...  
¡Quién mueve la tempestad  
Sin que nada le intimide!  
¡El pueblo, el pueblo que pide  
La muerte ó la libertad!

## IX.

En las cuencas de la sierra,  
En lo alto de la montaña,  
En el valle, en la cabaña,  
Vibra el clarín de la guerra.  
El arma con ansia aferra  
Hasta del débil la mano,  
Que aun al niño y al anciano  
Ser libres el alma inspira,  
Do quiera que se respira  
El ambiente americano.

## X.

Sublevóse el corazón  
De aquella raza bravía  
En cuyas venas hervía  
La fiera del león.  
Y el retumbo del cañón  
Fué su rugido violento,  
Rugido que en el momento  
En que se dejó escuchar,  
Hizo airado retemblar  
La tierra y el firmamento.

## XI.

Del león á los instintos  
El pueblo no fué rehacio,  
Que aire, sol, tierra y espacio  
Se miran en sangre tintos.  
Unos y otros indistintos  
Mordiéndolo la tierra están,  
Pues desplomándose van

A los tajos y mandobles,  
Tronchados como los robles  
Que descuaja el huracán

## XII.

En el confuso tropel  
¡Cuál llueven golpes ciertos  
Y cuál vibran los aceros  
Sirviéndose de broquel!  
Piafa azorado el corcel  
Que indómito se encbrita,  
Y entre el tumulto y la grita  
En que todos se atropellan  
Sus cascos de hierro huellan  
Carne humana que aun palpita!

## XIII.

Derrúmbase la muralla  
Deshaciendo las legiones,  
Y siega los escuadrones  
El furor de la metralla  
Para la muerte no hay valla:  
Mas la gente no se aterra,  
Que al caer exánime en tierra  
Luchando con su dolor,  
Se escucha un solo clamor:  
"¡Armas, armas! ¡Guerra, guerra!"

## XIV.

Triunfó Anáhuac. Satisfecho  
El nuevo siglo quedó:  
La fuerza al fin sucumbió  
A la razón y al derecho  
Del universo en provecho  
Fija quedó la advertencia:  
Pues del mundo á la presencia  
Quiso aquel pueblo mostrar,  
Que es digno y sabe comprar  
Con sangre su independencia.

## XV.

¡España! Hoy revive, sí,  
El fuego del patrio amor;  
Mas sólo cantos de amor  
Tiene el labio para tí.  
No fué tuyo el frenesí:  
Fué del siglo, de la edad,  
Pesada la tempestad,

Ves con dulces regocijos  
El júbilo de tus hijos  
Que cantan su libertad.

## XVI.

Heroes, mártires sagrados,  
Asombro y pasmo del mundo:  
Hoy dormís sueño profundo  
Tranquilos y sosegados.  
Mas si invasores osados  
Implantan aquí su huella,  
O contra la patria bella  
El ronco cañón retumba,  
Os alzareis de la tumba  
Para combatir por ella.

## XVII.

¡Mexicanos! Del Levante  
Al Ocaso respetada,  
Hoy flamea desplegada  
Nuestra insignia trigarante.  
Báñela el sol irradiante  
Con su vivo resplandor,  
Y osténtese á su fulgor  
Siempre altiva, siempre ufana,  
El águila mexicana  
Del pabellón tricolor!

Monterrey, Septiembre 16 de 1888.—  
*M. Pérez Bibbins.*

*DISCURSO pronunciado por el Lic. Virgilio Garza, en el Teatro del Progreso, el 16 de Septiembre de 1888, en representación del "Gran Círculo de Obreros de Monterrey."*

SEÑORES:—Honrado por el "Gran Círculo de Obreros" de esta Capital, para llevar su representación en esta solemne fiesta que recuerda una de nuestras más grandes glorias nacionales, he creído de mi deber aceptar ese difícil encargo. Si con la desconfianza propia de quien sabe que no ha de cumplir, tal como quisiera, su cometido, con la convicción también de que, al hacerlo, realizo en lo posible, la sagrada aspiración que alienta en todo pecho mexicano, de unir la voz al himno de gratitud que se levanta en honor de los héroes que nos legaran patria y libertad.

Inútil sería referir aquí los acontecimientos que forman la gran epopeya de nuestra independencia, enumerar, una vez más, esas gloriosas acciones, atrevidas hasta el heroísmo, que hubieron de dar por resultado nuestra emancipación política. Presentes están en todas las memorias, grabadas en todos los corazones; mas honrosa prerrogativa de nuestra admiración hacia ellas es el recordarlas, elevar los vuelos del espíritu ante las consideraciones á que se presta su cumplimiento, por tal modo extraordinario, que no parece sino que á él colaboraron todas las energías, y dieron su cooperación todas las ideas de libertad que acababan de nacer á la vida, en medio de los extravíos y sublimidades de una revolución única hasta hoy en la historia.

Comenzaban en aquellos tiempos á esparcirse

por el mundo político las nuevas ideas de igualdad. La cabeza de un monarca francés, de un representante del derecho divino, rodando por las gradas del cadalso, hería de muerte el decrepito edificio de las sociedades antiguas, que tenían por columnas de apoyo, las preocupaciones, y el prestigioso aparato de que habían rodeado sus fórmulas de gobierno, y su manera de ser como naciones ligadas por altos y superiores designios á la suerte de una familia ó de un individuo. Aclarábanse los horizontes, y aparecía á los ojos de la multitud, de los proletarios, de los sujetos á la gleba, de esa parte tan importante y tan numerosa de las sociedades que se llama Pueblo, algo nuevo, si velado, con las sombras de lo desconocido, más conforme á su naturaleza y á sus sentimientos de dignidad, que lo que hasta entonces había logrado alcanzar bajo la tiránica dominación de los Señores Feudales, ó bajo el imperio, no menos exigente de la Monarquía.

El recuerdo de tantos años de despotismo, y la preparación á grandes manifestaciones, realizado bajo ciertas épocas en que se hizo gala del poder real como poder absoluto, precipitaron en el Viejo Mundo los acontecimientos y las ideas que estos entrañaban, no podían menos de tener resonancia más acá del Oceano, en México, sobre todo. Se acogían en todos los espíritus, se conservaban como débil esperanza en todos los corazones, parecían flotar en la cargada atmósfera, y no de otro modo que en un cielo preñado de nubes, y sureado por corrientes de electricidad, se condensa ésta, y el rayo se produce, así se condensaron para incarnarse en un hombre: Hidalgo; y para producirse en un acontecimiento: la declaración de nuestra independencia.

Alma grande, templada en el crisol del heroísmo, preparada para el martirio, Hidalgo

acepta la lucha. Se agranda en esa lucha que es el batallar eterno de nuestra humanidad: la lucha de la víctima contra el verdugo, del oprimido contra el tirano, del progreso contra lo decadente, de lo porvenir contra lo pasado. Sabe que ha de morir en la demanda, que no ha de ser él quien pueda conducir á su pueblo á la tierra prometida de la libertad; más no por eso persigue con menos ardimiento su propósito. La cruz es para los que redimen, más, ah! que las viles escarpías que en Granaditas sirvieron para colgar las cabezas de los que iniciaron la obra de redención, en vez de ser los padrones de su infamia, fueron los laureles de su gloria, y la sangre que vertieron por lo patria, hizo crecer con vigor y lozanía, el gérmen de libertad que habían despertado en el suelo mexicano.

Porque hubo quien recogiera su herencia de gloria. Allí estaban Morelos y Galeana y Bravo y Matamoros y otros muchos. Sobre todo Morelos que con su genio como capitán, y su pericia como soldado, dió prestigio á la decadente revolución, con sus repetidos ataques á las tropas españolas, en que siempre sufrieron éstas la vergüenza de la derrota, y con su heroica defensa de Cuantla, página sublime de nuestra historia que parece arrancada de las caballerescas leyendas de la antigüedad, hizo comprender al Gobierno Vireynal, cuánto se agiganta el espíritu, y cuán indomable es la voluntad cuando han penetrado en lo íntimo de la conciencia, la justicia y el derecho que asisten á la causa que se defiende.

Tras de once años de batallar incansable, quedó consumada nuestra independencia. Pero más tiempo, y más sangre, ¡sangre de hermanos! debió costar á Mexico la conquista de los principios que habrían de asegurar la nueva independencia, la más sacrosanta, aquella ante cuyas

lucen, se oscurecen los soles moribundos que alumbraron las civilizaciones antiguas: la libertad del espíritu. Éramos nación independiente; pero éramos hombres sujetos á las preocupaciones que detuvieron la marcha del progreso, las cadenas del esclavo habian sido rotas en pedazos; pero los lazos que nos sujetaban al sistemático exclusivismo de la teocracia, nos ligaban todavía á lo pasado, con las fuerzas de la tradición, de la costumbre, de la ignorancia de nuestros derechos como hombres, del desconocimiento de nuestros deberes como ciudadanos.

Prolongado y tremendo batallar fué el de las ideas nuevas contra las ideas antiguas. Apoyadas éstas por el ejemplo de una larga precedencia en la Historia, y por autoridades que parecían indiscutibles aun á aquellos mismos cuyo espíritu vacilante se sentía invenciblemente atraído hacia las corrientes modernas, parecían sobreponerse á aquellos, que sólo tenían en su abono la fe de sus defensores, el heroísmo de sus mártires, la grandeza de sus ideales, y la esperanza en el progreso indefenso de la humanidad. Años de angustia para la Patria fueron aquellos en que se vió regada la tierra mexicana por sangre de patriotas, en que los más confiados sentían el descorazonamiento de lo imposible, en que hasta se vió nefando recuerdo! que los vencidos en esas disensiones de hermanos solicitaran el apoyo de naciones extranjeras desgarrando con sacrílega mano las vestiduras de la Libertad, destruyendo el edificio de nuestra independencia, para elevar sobre sus ruinas el sólio imperial de un príncipe europeo.

Y tal hubiera sucedido si no aparece, para coronar la obra de la mancipación el gran Juárez, que seguido por un puñado de partidarios, de sectarios más bien, en medio de sus peregrinaciones, acosado por la adversa fortuna y por

los rencores políticos que le disparaban sus más envenenados tiros, escarnecido por una parte no pequeña de sus gobernados, que apenas llegaban á comprender sus propósitos de regeneración, se vió casi sólo en frente de formidable partida que amenazaba devolver á la República á los odiosos tiempos en que imperaba la ley del capricho, en que se hacía escarnio de las garantías, y del hombre un instrumento y del pensamiento un esclavo.

Pero en la lógica de los acontecimientos está que la idea tiene que sobreponerse á la fuerza, y la fuerza avasalladora de las armas, venció la salvadora idea del apóstol de nuestras libertades políticas. Por eso los héroes, como dice un escritor ya célebre, bajaban serenos á la tumba á pesar de la derrota de las armas nacionales, confiados en que mientras la mano de Juárez empuñase la nacional bandera, el honor mexicano estaría ileso, mientras el grande hombre alentase la defensa de la República, los invasores serían impotentes para matar la libertad, y mientras su esfuerzo prodigioso no faltase, sería cierto el triunfo definitivo del derecho.

En esa augusta Trinidad que con Juárez termina, está compendiada nuestra historia como nación, en sus acciones, nuestro ideal como ciudadanos; en el cielo de nuestras glorias, Hidalgo, personifica el pensamiento que redime, Morelos, la acción que enaltece, Juárez, el progreso de aquel pensamiento en el orden lógico de los acontecimientos, y la acción perseverante en alcanzar un fin, razonablemente acordado á las condiciones sociológicas del hombre; como ser inteligente y libre.

Compréndese que la tarea no está más que comenzada. Emancipado el pensamiento, dignificada la razón, colocado el individuo en el me-

dio social propio para el desarrollo armónico de sus facultades, en consonancia con las fórmulas de progreso que alientan en todos los espíritus, debemos cumplir como buenos con la difícil misión á que dieron primero y soberano empuje los hombres á quienes la patria venera como héroes, y bendice como mártires. Guardar, con el celoso cuidado de aquellos que custodiaban en antiguos templos el sagrado fuego de los Dioses, los inalienables derechos que vinieron á tener sanción en nuestras leyes fundamentales merced al esfuerzo de aquellos que hoy recordamos, encausar las tendencias de nuestra actividad, hácia el cumplimiento de los altos propósitos de los libertadores, son nuestras obligaciones ineludibles. Allí en esos deberes de ciudadano, en la colaboración á aquellos grandes pensamientos que nos dieron vida propia y libertad absoluta como partes integrantes de este gran todo que se llama humanidad, está la más alta significación de nuestra gratitud, la recompensa que más hermosa pudiera parecer á quienes llegaron al Calvario de sacrificio, por ver á nuestra querida patria, libre, respetada y feliz.—DIJE.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA